

## La *Oratio de rosis* de Juan Silvio

MANUEL MAÑAS NÚÑEZ  
Universidad de Extremadura  
mmanas@unex.es

**Resumen:** Este artículo da a conocer y presenta a un humanista danés y una de sus obras que hasta el momento resultaban muy poco conocidos. Se hace un análisis descriptivo del mundo simbólico de la rosa contenido en la *Oratio de rosis* de Juan Silvio. Se tratan los siguientes puntos: autor, génesis y fuentes de la obra, y motivos simbólicos de la rosa. Se concluye que estamos ante una pieza oratoria perteneciente al *genus demonstrativum*, una *laudatio* destinada a ensalzar a su protector Holger Rosenkrantz.

**Palabras clave:** Iohannes Sylvius; Retórica; Renacimiento; Humanismo cristiano; Dinamarca.

### The *Oratio de rosis* by Iohannes Sylvius

**Abstract:** This paper presents a Lutheran Danish humanist and one of his works, of which very little has been known to date. It provides a descriptive analysis of the symbolic meanings of the rose in Iohannes Sylvius's *Oratio de rosis*. The article discusses the author, the genesis of the work and its sources, alongside the symbolic motives of the rose. I conclude that the speech belongs to the genre of epideictic oratory (the *genus demonstrativum*) and aims to praise the patron of the author, Holger Rosenkrantz.

**Keywords:** Iohannes Sylvius; Rhetoric; Renaissance; Christian Humanism; Denmark.

Aunque el Humanismo renacentista en Dinamarca nos resulta, en general, poco conocido, es verdad que en los últimos años se han ido publicando trabajos centrados en diversos humanistas daneses de peso, como, por ejemplo, Chr. Pedersen (Jørgensen 2007); se ha estudiado la literatura neolatina producida en Dinamarca en los siglos xv, xvi y xvii (Schnur 1994); y se ha esclarecido el importante influjo que ejerció la Reforma tanto en figuras individuales como, de forma más amplia, en el ambiente político, social y religioso de Dinamarca, así como el importante papel que este país y sus humanistas jugaron en el desarrollo de la Reforma luterana y protestante (Grane 1990; Grell 1995).

El panorama cambia cuando nos acercamos a un humanista como Iohannes Sylvius, un sacerdote protestante y, por ello, legítimamente casado, un brillante poeta neolatino y, como veremos, un magnífico hermeneuta de las Escrituras. Sobre dicho autor hemos logrado encontrar unos pocos

datos biográficos ofrecidos por Erichsen (1902), pero no hay prácticamente nada sobre su obra escrita en latín. Se trata, pues, de un humanista cuya figura y obra están aún por estudiar.

En consecuencia, la pretensión de este trabajo no será realizar un exhaustivo análisis retórico de la obra ni tampoco un profundo ensayo hermenéutico sobre la simbología de la rosa, cosa que, por otra parte, nos llevaría a exceder las limitaciones espaciales propias de un artículo como éste. Nuestro objetivo, en fin, es más modesto y persigue simplemente dar a conocer y presentar a un autor y una obra que han pasado desapercibidos para los estudiosos del Humanismo renacentista.

## 1. EL AUTOR

Hans Skov o, como él firma con su nombre latinizado, Iohannes Sylvius, pues su apellido Skov significa en danés «bosque» (= *silva* en latín), fue un sacerdote y escritor nacido en Haderslev, una pequeña ciudad al sur de Jutlandia (Dinamarca), en fecha incierta, pero cercana a 1570. Sabemos que durante 1594-1596 estuvo en Wittenberg y que en 1597 regresó a su ciudad natal. Parece que durante sus años jóvenes pasó apuros económicos y dificultades, que pronto superó gracias a la ayuda y socorro recibidos de su benefactor, Holger Rosenkrantz de Rosenholm, tal y como nos relata en su segunda obra publicada, la *Oratio de rosis* (Copenhague, 1601). En agradecimiento dedicó dicha obra a su protector.

Tras desempeñar durante unos años las funciones de oidor y cantor en Ribe, llegó en 1618 a Oslo, donde ejerció como capellán del Hospital y también como instructor de las hijas del gobernador Jens Juel. Aquí en Oslo tuvo problemas disciplinarios por desobedecer las órdenes del obispo de Glostrup. Parece que, huyendo de dichos problemas, se estableció en *Næs*, en la región noruega de Hallingdal. Estuvo casado con una tal Ana, también de Haderslev, con la que tuvo hijos que a la postre, a lo que parece, le causaron no pocos disgustos y tristezas que quizás, como se ha dicho, fueron el desencadenante último de su muerte en 1637 (Erichsen 1902).

Sus trabajos literarios escritos en latín, centrados en la poesía religiosa y en la exégesis bíblica, fueron compuestos en fechas relativamente tempranas y son todos ellos de reducidas dimensiones, sin superar ninguno de ellos la veintena de folios. Así, en 1599, cuenta en verso la lucha entre el arcángel Miguel y el dragón, según aparece narrada en el *Apocalipsis* (Apoc. 12.7-10), uniendo a dicho volumen un himno sobre la ayuda y protección de los ángeles sagrados, todo ello bajo el título *Pugna Michaelis Archangeli cum dracone ex Apocal. cap. XII versibus descripta. Item: Hymnus de sanctorum angelorum praesidio et defensione, per Ioahnnem Sylvium Hatterslebiensem, Hafniae, imprimebat Iohannes Stockelman. Anno M. D. XCIX*, en 16 folios. Dos años después vio la luz su trabajo, ahora en forma de discurso, *Sobre las rosas*, en 14 folios que llevan por título completo

*Oratio de rosis, scripta a Iohanne Sylvio Hatterslebiense, Hafniae, impressit Iohannes Stockelman, Anno M.D.C.I.* Al año siguiente, publicó otro discurso sobre los ángeles sagrados y una colección de poemas varios sobre los espíritus buenos y custodios de los hombres piadosos, volumen que tituló *Oratio de s. angelis. Item: Carmina diversi generis de iisdem bonis spiritibus et custodibus piorum fidelissimis, scripta a Iohanne Sylvio Hatterslebiensi, Hafniae, typius Iohannis Stockelmanni, 1602*, en 20 folios. También, en fin, compuso obras históricas sobre la figura de Alejandro Magno, pero ya escritas en danés bajo del título de *Alexander Magnus*: un primer volumen, más original, publicado en dos ocasiones (1617 y 1632) y una segunda versión, menos personal, que constituye una versión abreviada y libre de la célebre *Historia de Alejandro Magno* de Quinto Curcio.

Nosotros vamos a centrarnos en esta ocasión en el estudio de la *Oratio de rosis*.

## 2. GÉNESIS DE LA OBRA Y FUENTES

Comienza Silvio su obra con una epístola nuncupatoria dirigida a Holger Rosencrantz (1574-1642), un noble danés que fue consejero, teólogo y pedagogo. Procedía, en efecto, este mencionado Holger de una de las familias más distinguidas de Dinamarca, con poder político y solvencia económica. Desde joven, Holger se había formado a fondo en la Universidad de Wittenberg, adquiriendo pleno dominio en las lenguas clásicas y en la retórica, aunque su interés particular lo ocupaba la teología. Y, aunque tras morir su padre y heredar el estado de Rosenholm, volvió a Dinamarca y participó en política como miembro del Consejo Nacional, pronto se retira de la vida pública a sus fincas para dedicarse exclusivamente al estudio y al patrocinio literario. Así, creó en Rosenholm una escuela humanística que pronto fue calificada como la primera Universidad de Jutlandia (Andersen 1900).

Pues bien, dada la valía humana e intelectual de este noble personaje, decide Silvio dedicarle su *Oratio de rosis* como muestra de agradecimiento por los buenos servicios y auxilios que le había prestado. Comienza así su carta dedicatoria explicando que era una costumbre antigua, tanto pagana como luego cristiana, celebrar sacrificios y ceremonias religiosas a los dioses empleando para ello hierbas, frutos y vino, para expresar así el agradecimiento y respeto de los hombres hacia los dioses por los beneficios recibidos. Esta costumbre, nos dice Silvio, procedía, sin duda, del judaísmo y, para ilustrar su teoría, remite al *Levítico 23*, donde se cuenta cómo Dios ordena por medio de Moisés que se le hagan sacrificios y se le ofrenden los frutos de la cosecha, para mostrar así a los hombres que la fertilidad de la tierra no proviene sino de la bendición divina y que, por ello, deben dar las gracias y alabar a Dios. En este mismo sentido, argumenta Silvio, el buen cristiano debe ser agradecido, pues la gratitud es una virtud que siempre

ha sido muy estimada por Dios y por todos los buenos hombres. Y es que, según le parece a nuestro humanista, a pesar de que dé la impresión de que Dios quiere que los hombres le dirijan a él sus principales muestras de gratitud y respeto, sin embargo no deben descuidar tampoco el mostrarse agradecidos y respetuosos, aunque sea en un segundo término, con sus propios padres, con sus políticos, con sus benefactores y, en fin, con sus mecenas. Así pues, concluye Silvio, es obra de la Naturaleza, esto es, de Dios que haya sido él creado y haya nacido con la virtud de ser agradecido, benévolo y leal a todos aquellos que, de algún modo, le han protegido y beneficiado.

Por todo ello, asegura Silvio, dedica esta obra *De rosis* a Holger Rosencrantz, calificado por nuestro humanista como *generosus et nobilissimus*, cuya munificencia experimentó tiempo atrás, cuando se encontraba inmerso en graves estrecheces económicas y en otra clase de dificultades. Visto el generoso talante de su mecenas Holger, Silvio, según confiesa, no puede ni tampoco debe olvidarse de los beneficios que recibió de su protector, pues no quiere ser tachado de ingrato ni hacerse acreedor de los demás vicios que la ingratitud lleva unidos a ella: el desprecio a Dios, a los padres, a la patria y a los amigos y, en definitiva, la desvergüenza:

*Quare, cum tuam quoque munificentiam, generose et nobilissime Dn. Holgere Rosencrantz, olim expertus sim, tum temporis, cum magna me inopia et rerum difficultas premeret, non potui nec debui acceptorum beneficiorum immemor esse, nisi cum labe ingratitude caeterorum quoque me vitiorum participem redderem. Nam qui ingratus est, is et Deum maiorem in modum negligit, et parentes et patriam et amicos. Ingratitudinem vero potissimum impudentia sequitur...* (fol. A2r-v)<sup>1</sup>.

Por ello, porque Silvio no quiere ser desagradecido ni tampoco encarnar los vicios de la *impietas* ni de la *impudentia*, dedica a su benefactor y mecenas este librito al que denomina *Rosa*, primicia de su quehacer literario, y le implora que se muestre benevolente con dicho trabajo, deseando de corazón que le guste, y que en adelante siga secundándolo y abrigándolo con su clemencia. Y precisamente denomina a su opúsculo *ROSA*, en mayúsculas, y le ha puesto el título de *Oratio de rosis*, en honor del hombre que lo ha protegido y ayudado. En efecto, para honrar a su mecenas, que se apellida ROSENkrantz, no ha encontrado otro medio mejor que escribir una obrita sobre las rosas. Y, como conoce bien las inquietudes de su amigo, su afición a vivir retirado en el campo y dedicado al estudio de la teología, y sabe que además es un experto conocedor de las lenguas clásicas, Silvio escribe este breve tratado en forma de *oratio*, un discurso que, al no seguir los cánones oratorios clásicos, no parece que fuera pronunciado

<sup>1</sup> El texto es de la *Oratio de rosis* de Silvio. En adelante, las referencias entre paréntesis irán remitiendo a los folios de dicha obra.

ante ningún auditorio y que, por tanto, debió ser redactado para ser leído; una *oratio* encomiástica y enciclopédica en donde se dan cita la teología, la gramática, la poesía, la ética, la botánica y muchos más campos del saber, pues en estas pocas páginas se habla, como tendremos ocasión de ver, sobre la simbología de las rosas en las Escrituras, sobre la etimología del término *rosa*, sobre el aspecto naturalista y botánico de las rosas, sobre las fabulaciones de los poetas al respecto, sobre las virtudes y utilidades de las rosas, sobre su importancia para la ornamentación, para la medicina e incluso para la repostería, sobre su simbología en la vida del hombre, en la teología, etc.

Ahora bien, una obra como esta no nace de la nada. Para escribir este librito, que, como iremos viendo, supone un elogio de la rosa y un catálogo de sus utilidades y valores simbólicos, predominantemente orientados a ensalzar la vida cristiana acorde con el Evangelio y a panegirizar, en última instancia, al dedicatario de la *Oratio* en cuestión, Silvio contaba con diversa literatura precedente que, sin duda, pudo servirle de punto de partida e inspiración.

En efecto, comenzando con la literatura emblemática (y la *Oratio de rosis* tiene alguna relación con la Emblemática, pues en la contraportada (fol. A1v) aparece grabado el escudo nobiliario de la familia Rosenkrantz, con su título: *Acrius in luce rosas gero*, y su epigrama correspondiente), Silvio conoce, emplea y cita los *Symbola et emblemata ex re herbaria* (1590) de Camerario y también los *Hieroglyphica* (1556) de Piero Valeriano, especialmente el apartado dedicado a la rosa (Valeriano, 1556: 399r-400r).

Pero la obra que estudiamos hay que encuadrarla dentro del Humanismo cristiano, por lo que hubo de tener en cuenta obras como la *Sacri Rosarii Virginis Mariae ab haereticorum calumniis defensio*, publicada en Roma, en 1584, por José Esteve *Valentinus* (1551-1603), obispo de Orihuela. Encontramos en dicho librito todo el capítulo III dedicado a explicar que el nombre de la rosa cuadra perfectamente con la Virgen María y ello se demuestra exponiendo las diversas propiedades que los autores antiguos atribuyeron a la rosa, condición necesaria, expone el obispo valentino, para poder luego colmar a la Virgen de todo tipo de alabanzas (Esteve, 1584: 6-13).

No obstante, el Humanismo cristiano de Silvio es claramente de raíz erasmista y, más concretamente, de tendencia luterana, reformista y protestante. No en vano, como veremos, cita con cierta profusión al propio Erasmo, pero también a Melchton y Lutero. Además, prueba irrefutable de esta filiación cristiana nos la ofrece Silvio en la propia portada de su obra, donde, tras el título y el nombre del autor, aparece una cita bíblica tomada del salmo 103, pero no en cualquier traducción latina, sino en la versión poética de Helius Eobanus Hessus (1488-1540), célebre defensor de Lutero y de la Reforma. La cita, como es natural, tiene que ver con la rosa y su simbólica semejanza con la condición humana, en ambos

casos, rosa y vida humana, frágiles y efímeras: *Est homo persimilis foeno per prata virenti, / ut brevis in pingui quae rosa floret agro: / quam simul attigerint urentis flamina venti, / aet et exiguo victa calore iacet* (Eobanus, 1544: 293).

Por ello, Silvio tuvo en cuenta obras sobre la temática de la rosa escritas por autores reformistas, luteranos y protestantes. Tal es el caso del ensayo *De rosa et partibus eius* (ca. 1540) del médico y botánico sevillano Nicolás Monardes (ca. 1508-1588) que, aunque católico piadoso, mantuvo relaciones con personajes del protestantismo andaluz (Díaz-Delgado, 2015: 2). También debió conocer Silvio el *Rosetum Christianum* o *Christlicher Rosengarte* (1584) del luterano Iohannes Fabricius (Marten, 2010: 107 ss., 238 ss.), donde se encuentran textos recogidos luego en su *Oratio de rosis*, como, por ejemplo, la elegía de Juan Mayor<sup>2</sup> en alabanza de la rosa, que comienza *Ver redit* (Fabricius, 1584: L1r). Pero el autor que más claramente influye en la composición de nuestra *Oratio* es Stephan Praetorius (1536-1603), un teólogo luterano que, en 1577, publicó un librito titulado *Rosa nobilis*, con el propósito de ilustrar, explicar y glorificar la doctrina del Evangelio por medio de la historia simbólica de la rosa (Praetorius, 1577: A3v). Igual que Silvio dedicó su *Oratio de rosis* a su protector Holger Rosenkrantz, así también Praetorius había dedicado su *Rosa nobilis* a su maestro David Chytraeus (Düker, 2003: 86-91) y había consignado en portada, como luego hará Silvio, una cita de los salmos. En Praetorius, en fin, encontramos, más o menos desarrollados, casi todos los temas y motivos luego retomados por Silvio.

Todos estos autores, incluido el propio Silvio, servirán de fuente a Cornelius a Lapide (1567-1637) para la completa exposición sobre la rosa que nos ofrece en su *Comentario al Eclesiástico* (1634) a propósito del capítulo 24.18 (Lapide, 1875: 553-556).

### 3. EL DISCURSO: ESTRUCTURA Y MOTIVOS

El discurso en cuestión, que versa sobre las rosas, se inicia con unos planteamientos y reflexiones generales sobre la riqueza y abundancia de frutos que la tierra prodiga al hombre por obra y gracia de Dios. Se procede, por tanto, deductivamente de lo universal, la fecundidad de nuestra madre la tierra, a lo particular, las rosas.

#### 3.1. LA FECUNDIDAD DE LA NATURALEZA

Dentro de este plano general, nuestro ficticio orador celebra el magnífico espectáculo que ofrece la naturaleza, proporcionándonos tal abun-

<sup>2</sup> Juan Mayor (1533-1600) fue un teólogo protestante alemán y un destacado poeta.

dancia de seres vivos, tal fertilidad de tierras y árboles, tal hermosura de plantas y flores y tan extraordinaria excelencia de bienes que ningún Apelo podría pintarla ni ningún Néstor redivivo expresarla con palabras (fol. A3r). Y llega Silvio a la conclusión de que, cada vez que se piense en la belleza y perfecta armonía de este mundo, debemos ver en todo ello signos inequívocos de la existencia de Dios y de que todo lo que nos rodea fue creado por él, sin dejar de apreciarlo, admirarlo, reconocerlo y celebrarlo, porque resulta imposible que este mundo perfecto y bello haya surgido de la casualidad sin intervenir en la creación del mismo la omnipotencia, sabiduría, bondad y providencia divinas. Y, en este contexto, para ilustrar sus razonamientos, cita unos versos del laureado poeta alemán Juan Stigelio (Johann Stigel, 1515-1562), en los que se celebra la presencia omnipotente de Dios en el mundo:

*Aut mihi planta suis numen demonstrat in herbis,  
Prasentemque refert una vel herba Deum,  
Aut operis series authorem tota recenset,  
Quae facit et lato cuncta vigore fovet.  
Emicat ex ipsis divina potentia rebus,  
Et levis est cespes, qui probet esse Deum (fol. A3v)<sup>3</sup>.*

Y, abundando más en dicha idea, refiere Silvio la conocida anécdota de San Antonio Abad, quien, al ser preguntado por cierto filósofo cómo adquiriría conocimientos y cómo vencía el tedio de la soledad careciendo de libros, respondió que él no tenía necesidad de libros escritos, porque su libro era la naturaleza creada por Dios, en la que podía observar con los ojos del alma las imágenes de las virtudes y las representaciones de los vicios, pudiendo así leer lo que Dios dice (fol. A3v)<sup>4</sup>. Esta sabia respuesta, según Silvio, está en consonancia con otros textos de las Escrituras, en donde se nos anima a contemplar la naturaleza de las plantas y flores y a imitarla en nuestra vida y conducta humanas; y, por ello, hombres sabios y santos, como Ambrosio, Basilio Magno o Isidoro, explicaron las formas y significados de las flores y hierbas, precisamente para que el pueblo llano conociera y comprendiera claramente la sabiduría y bondad divinas. Y es que en la naturaleza, en el mundo animal y vegetal, se encuentran plasmadas, de forma comparativa y simbólica, todas las cualidades y virtudes que el hombre debe observar e imitar para conocer a Dios. Los textos sagrados, nos dice Silvio, están llenos de referencias a hierbas, plantas y árboles que representan, metafórica y simbólicamente, las virtudes que nos acercan a

<sup>3</sup> I. Stigelio, *Elegia III 19, ad Paulum Eberum, De calendario eius historico*, vv. 9-14, fol. 178v.

<sup>4</sup> Nicéforo Calisto, *Historia Ecclesiastica Tripartita*, Socrates, VIII 1. También en Ioannes subdiaconus incertus, *Verba seniorum* 4.16 (PL 73, 1018B): *Philosophus quidam interrogavit sanctum Antonium: Quomodo, inquit, contentus es, Pater, qui codicum consolatione fraudaris? Ille respondit: Meus Codex, philosophe, natura rerum et creatarum, quae mihi, quoties verba Dei legere cupio, adesse consuevit.*

Dios: el hisopo con el que David quiere ser rociado para verse purificado y libre de pecado (Ps. 51.9) o con el que hay que salpicar de sangre de un ave inmolada al leproso para que se vea purificado de la lepra (Lev. 14.1-8) simboliza la pureza y la inocencia del hijo de Dios, que con su propia sangre ha venido a limpiar a los desgraciados pecadores de la lepra espiritual; la encina, por su lado, simboliza la fortaleza; la palma, la justicia; la mora, la prudencia; la violeta, la humildad; el lirio, el pudor (fol. A4r).

### 3.2. LA ROSA

Pues bien, dentro de esta simbología general del mundo vegetal, también la rosa, objeto del presente discurso, por su hermosura, fragancia y utilidades, pero también por las señaladas enseñanzas e imágenes a las que ha dado lugar, ha sido empleada simbólicamente en los textos literarios y sagrados para expresar elegante y plásticamente las vicisitudes de la vida humana y las diferentes suertes y los distintos tipos de moral que se dan en los hombres. Por ello, expone Silvio que pasa a centrarse en todo lo relativo a la rosa (fol. A4r): su origen y etimología, su naturaleza botánica, su simbología moral y teológica y, en fin, sus usos paganos.

#### 3.2.1. Origen

Lo primero que hace Silvio es fijar, desde un punto de vista lingüístico y botánico, la etimología y el origen de las rosas. En efecto, acudiendo a la etimología tradicional y falsa, transmitida, por ejemplo por Plutarco y Clemente de Alejandría, nos dice que en griego el término *rosa* es *rhodon*, y que la rosa recibe este nombre en griego porque «desprende una gran corriente de olor» y que también por ello se marchita pronto<sup>5</sup>; no obstante, para los gramáticos deriva del verbo griego *ozo*, que significa «oler», porque el olor de su flor es tan dulce que reconforta y robustece el cerebro, el corazón y el aliento vital (fol. A4r). En cuanto al origen del término latino *rosa*, Silvio lo deriva directamente del verbo *rodere*, concretamente del participio *rosa*, «roída, mordida», aduciendo como fuente de autoridad unos versos tomados de la *Elegía sobre la rosa* de Juan Mayor<sup>6</sup>. La etimología es claramente errónea, pues aunque, como dicen Ernout-Meillet, el término *rosa* está emparentado con el griego *rhodon*, ninguno de los dos términos son de origen indoeuropeo, sino préstamos de alguna antigua lengua mediterránea, quizás semítica (fol. A4r-v).

<sup>5</sup> Plutarco, *Quaest. conv.* III 1 (*Mor.* 648A); Clemente de Alejandría, *Paedag.* 2.71.5.

<sup>6</sup> J. Mayor (1574: h8r), *Imago rosae*, vv. 7-8: *Non rosa nomen habet, soleat quod rodere quemquam, / Sed iacet a spinæ cuspidē rosa rosa.*

3.2.2. *Botánica*

Para la descripción botánica de la rosa Silvio sigue fundamentalmente a Plinio y dice, como su modelo, que la rosa nace propiamente de las espinas y brota en un principio encerrada en una especie de corteza con forma de grano que, hinchándose luego y elevándose en unos verdes capullos, se va abriendo a la vez que enrojece y se extienden unas hebras amarillas que salen tiesas en medio de su cáliz (Plin., *Nat.* 21, 14). Además, nuestro humanista entra en detalles más técnicos y, siguiendo igualmente a Plinio, distingue hasta seis partes en las rosas: los pétalos con sus partes blandas llamadas uñas; las flores con la grana y los filamentos; y en la cabeza, la corteza y el cáliz (Plin., *Nat.* 21, 121)<sup>7</sup>. A todo ello une también el *alabastus*, esto es, el capullo, el globo de la rosa o el cáliz aún no abierto, del que hace una detallada descripción procedente, seguramente, de los libros botánicos escolásticos al uso. En efecto, nos cuenta que el cáliz, el primer verticilo, está constituido por cinco piezas o sépalos que protegen la gema floral y que, de ellos, dos tienen barbas o pequeños filamentos en los bordes, otros dos no presentan dichos filamentos y el quinto, finalmente, por un lado tiene filamentos, pero por el otro lado no (fol. A4r). Y como fuente de autoridad o, más bien, como elemento de distensión lúdica en esta descripción tan técnica, inserta, sin duda para entretener al lector, la conocida adivinanza o leyenda de los «cinco hermanos» (Stearn 1965) que, desde época medieval, servía para recordar esta curiosa característica del cáliz de la rosa. El enigma, atribuido a Alberto Magno, que fue de los primeros autores en describir el cáliz de la rosa, dice así en la versión que nos ofrece Silvio:

*Sunt fratres quini sub eodem tempore nati,  
Sunt duo barbati, duo sunt barba absque creati,  
Quintus ex illis non est barbatus ubivis* (fol. B1r).

Y, siguiendo de nuevo los datos botánicos que encuentra en Plinio (*Nat.* 21.16-21), nos ofrece Silvio los *genera rosarum*, distinguiendo hasta seis especies: la rosa de Preneste (Lacio), la de Campania, la de Mileto, la de Traquinia (Tesalia), la de Alabanda (Caria) y la griega o *lychnis coronaria* (fol. B1r).

De ahí pasa nuestro humanista a tratar del color de las rosas, para lo cual, abandonando el científicismo, acude a las fábulas mitológicas de los poetas, quienes afirman que las rosas en principio eran todas blancas, si bien, para explicar su color rosado o rojo, se inventaron la historia mitológica de un Marte celoso que perseguía a su rival amoroso Adonis para matarlo, mientras que Venus, yendo en auxilio de Adonis, pasó por unos rosales y se hirió los pies con las zarzas, coloreando así con su sangre las

<sup>7</sup> Cf. Callebat 1992; Segura Munguía 2005: 236; Segura Munguía - Torres Ripa 2009: 232-238.

rosas que en un principio eran blancas. No obstante, también aduce Silvio la otra posibilidad mitológica de que las rosas fueran teñidas por la sangre de Adonis, contra el que Marte lanzó a un jabalí. Para todas estas noticias mitológicas Silvio conoce los textos de Teócrito, Anacreonte u Ovidio, por lo que posiblemente está manejando alguno de los manuales de mitología, como la *Mythologia* de Natale Conti y su capítulo XVI, dedicado a Adonis (Conti, 1581: 348-351).

No sin altas dosis líricas, como corresponde a quien tiene vocación poética, continúa Silvio explicando las condiciones necesarias para que broten las rosas. El primer factor no depende del hombre, sino que es un regalo directo de Dios, y no es otra cosa que la primavera que llega cada año, con el consabido calor del sol y el soplo templado del Favonio. El segundo factor para que se den fragantes rosales es la *industria prudentis hortulani* (fol. B1v), que debe saber cómo, cuándo y dónde plantar las rosas. Ahora bien, corrige Silvio a Paladio (*Arb.* 30.2) su precepto de que las rosas, como las violetas, hay que plantarlas en febrero. Silvio, en efecto, dice que tal precepto puede valer para el mundo mediterráneo, pero que en Dinamarca no es posible plantarlas antes de las calendas de marzo porque el clima allí es muy riguroso y áspero:

*Id in Februario fieri iubet Palladius, cuius praeceptum apud nos locum habere non potest, ob aeris rigorem et asperitatem* (fol. B1v).

Y, dentro de estas notas científicas que nos está ofreciendo, aborda también Silvio los usos ornamentales, medicinales, culinarios y cosméticos de las rosas, por todo lo cual nos dice que estas plantas merecen las más altas alabanzas y la mayor estima. Desde el punto de vista estético, en efecto, las rosas aportan gran colorido y belleza a los jardines y huertos. En cuanto a sus usos culinarios, las rosas pueden macerarse en vino, obteniendo así el vino de rosas, pero también en cerveza, vinagre, miel o aceite, citando a este respecto a Filóxeno y Apicio (4.2.6 y 18) y su conocida “cazuela de rosa” (*rhodonìa lopás*, cf. García Soler, 2001: 270 y 365). Desde la perspectiva terapéutica, las rosas son astringentes y refrigerantes, pues sus hojas son buenas para el corazón, para el estómago y para el hígado, calman los dolores provenientes de la calidez y quitan las inflamaciones; sus uñas y flores se emplean en gargarismos para las ulceraciones de la boca, para las encías y para las amígdalas; el cáliz elimina las excreciones sanguinolentas y, en fin, su semilla y filamentos sirven incluso para curar la gonorrea. Asimismo, siguiendo sin duda a Plinio (*Nat.* 21, 121 ss. y 23, 102), pero también manuales médicos y farmacológicos humanísticos, nos cuenta Silvio que con las rosas se elaboran conocidos medicamentos. Y, en fin, termina Silvio aludiendo al uso de las rosas para confeccionar coronas o guirnaldas (*serta*), incluyendo en su narración hasta una nota etnográfica: las doncellas de la Germania Superior (las actuales Alsacia, Suiza y la orilla occidental de la parte alta del Rin) suelen engalanarse la cabeza

con rosas púnicas que aún no han abierto el cáliz; y las recogen antes de la salida del sol, para luego sazonarlas en sal, verter vino sobre ellas, introducir las en una vasija de barro y guardarlas así en un lugar oscuro durante todo el invierno, con el fin de tenerlas disponibles en cualquier época para confeccionar coronas y guirnaldas:

*Solent etiam virgines in superiore Germania ad capitis ornatum rosas puniceas, quae calycem nondum aperuerunt, ante solis exortum colligere easque sale condire, vino superinfuso in vase fictili bene cooperto, quas hoc modo in loco obscuro recentes per totam hyemem, adserta et coronas quocumque tempore parandas reservant* (fol. B2r).

### 3.2.3. Simbología moral

La primera comparación, metafórica, alegórica y simbólica, que establece Silvio es la de la rosa con la *verecundia*, diciendo que la rosa lleva en sí misma el signo de la vergüenza. Y es que, igual que la rosa nace de espinos, pero sin tener nada de espinoso, pues con su belleza adorna y anula ese arbusto lleno de púas, así también la vergüenza es, en principio, un vicio que pincha con los estímulos de la conciencia y nos obliga a evitar cualquier acto que violenta nuestros sentimientos éticos y religiosos, con lo que esta inicial debilidad anímica se convierte en virtud apreciada y deseable. Pero, evidentemente, igual que las rosas sientan mejor a la juventud que a la vejez, así también esa vergüenza ruborosa y pudorosa es una virtud cuando adorna a las jóvenes doncellas, pero no cuando la exhiben las ancianas llenas de canas. Y es que la *verecundia* en las doncellas, cuando lleva unido el *pudor*, las hace virtuosamente más bellas. Asimismo, si, como hemos visto, el agua de rosas es astringente y refrigerante y sirve en medicina y cosmética para eliminar las manchas, sarpullidos y pústulas de la cara, así también la vergüenza es una especie de medicina del alma y hace virtuosa a la joven, pues subyuga los vicios del pecado original, atenúa el pudor grosero, frena la lujuria, evita las conversaciones depravadas y deshonestas y, en fin, aparta de la joven todo tipo de deseo lascivo:

*Sic etiam verecundia vitia originalis peccati subigit, crassum et rusticum pudorem attenuat, impudicos oculorum fluxus tollit, scortationem manifestam cavet, prava et minus casta fugit colloquia omnesque lasciviae motus et desideria illegitima removet* (fol. B2v).

Y para esta identificación moral de la rosa con la «buena vergüenza» no sólo tiene en cuenta Silvio lo que dicen los Padres, citando un pasaje de Bernardo (*Serm. in Cant.* 86.1, PL. 1195B), sino que también es posible que tenga en mente el *De vitiosa verecundia* de Plutarco en traducción de Erasmo (2007).

Demostrando así de nuevo Silvio un completo conocimiento de los textos patrísticos, pasa al siguiente significado simbólico de la rosa, vista ahora como *vitae humanae simulachrum*, un simbolismo tomado de Ambrosio de Milán e ilustrado con una larga cita de su *Hexaemeron* (3.48), donde, hablándonos el santo sobre la creación de los árboles y su diversidad, se centra en la rosa que, inicialmente sin espinas, pero luego con ellas, constituye una imagen de la vida humana, en la que, como dice Silvio, hay más de espinas y amargura que de miel (*in qua plus aloes quam mellis reperitur*, fol. B2r). San Ambrosio, en efecto, en ese capítulo dedicado a la rosa, explica que la bella rosa rodeada de espinas supone un espejo de la vida humana, donde se mezclan con frecuencia los goces con los pesares y es precisamente esa mezcla de alegrías y tristezas lo que constituye lo atractivo de nuestra vida. El hombre, en fin, aunque pueda brillar por su inteligencia o sus éxitos, debe recordar la culpa por la que fuimos expulsados de la feliz morada del paraíso y cómo se nos impusieron como condena las espinas de la inteligencia y las zarzas del alma. Lícito es, pues, que intentemos brillar en la vida, pero sin olvidar que siempre subyace en nosotros la espina y la zarza primigenias. Brotamos sobre espinas y el favor no dura mucho tiempo; pasada la flor de la edad, todo hombre no tarda en marchitarse. Y, tras estas reflexiones ambrosianas, añade Silvio ejemplos históricos para ilustrar esta similitud de la rosa con la vida del hombre, tales como el de Alejandro Magno, que se mostró como una muy bella flor cuando sometió a Babilonia, sin darse cuenta de que sus éxitos flotaban sobre las espinas y que eran tan efímeros como las rosas, como pronto comprobó con su prematura muerte; o el de Pausanias, a quien, ebrio por su buena fortuna y por la victoria de Platea, le dijo Simónides: «Recuerda que eres humano» (Plutarco, *Mor.* 105A; Eliano, *Hist.* 9, 41), es decir, que no se ensoberbeciera tanto porque, a pesar de sus éxitos bélicos, era tan frágil como una simple rosa y estaba sujeto a mil adversidades (fol. B3r).

Pero tampoco olvida Silvio identificar la rosa con la belleza juvenil, todo ello en conexión con el tiempo. En efecto, respecto a la belleza de la rosa, cita el humanista sendos textos de Teócrito (*Eid.* 23, 28-29) y Ovidio (*Ars* 2, 115-118), en los que se dice que las rosas y las violetas o los lirios son hermosos, pero que dicha hermosura les dura poco, pues se marchitan y se agostan con el paso del tiempo, para así dar a entender que lo mismo pasa con la belleza de la juventud, que es hermosa mientras dura, pero se marchita pronto. Y, ahondando en el tema, nos aporta Silvio la noticia de que, según Matthioli, hay cierto lugar de Italia en donde crecen unas rosas de color dorado que, en vez de oler bien, emiten un olor fétido y desagradable (Matthioli 1674: 166). Dicha información sobre esa rosa itálica le va a servir para describir, por medio de la comparación, a cierta clase de hombres que son como dichas rosas: bellas por fuera, pero fétidas por dentro, hombres que en su aspecto físico resultan intachables, pero que huelen metafóricamente mal por estar llenos de vicios detestables y carecer de cabeza, juicio y virtudes. Es preferible la

belleza interior que la meramente física; y tales hombres, nos dice Silvio, son semejantes a estatuas de oro y ricamente ornamentadas, pero que no tienen ni una pizca de inteligencia ni de prudencia (B3v).

Mas la rosa, por lo efímero de su existencia, también simboliza el fugaz paso del tiempo. En consecuencia, advierte Silvio, la rosa puede compararse con el tiempo. Y en este momento pasa nuestro humanista a explicar uno de los valores metafóricos más conocidos de la rosa: el tópico del *Carpe diem* o del *Collige, virgo, rosas*. En efecto, siguiendo con sus comparaciones, igual de necio es el que puede arrancar una rosa y no lo hace, pensando que podrá hacerlo mañana, que el que puede disfrutar los momentos deleitables de la vida y no lo hace, dejándolo para una fecha futura. La vida de la rosa es breve, igual que la vida humana, por tanto, mientras hay vida, disfrutémosla. Es el consejo ético, casi hedonista y epicúreo, que nos ofrecen Horacio y el anónimo autor del poemita *De rosis nascentibus*, si bien, advierte Silvio, tampoco debemos quejarnos de la pérdida de aquellas cosas que son irrevocables, pues igual que las rosas tienen su momento, así también la juventud, en ambos casos un momento muy breve:

*Monemur autem non esse dolendum amissione earum rerum quae revocari non possunt, ut enim suum tempus rosae habent, ita et adolescentia suum, sed utraque brevissimum* (fol. B3v).

Asimismo, la rosa puede compararse, como hace Nacienceno, con la Sagrada Escritura, pues así como la rosa proporciona útil material a la abeja productora de miel, pero supone un veneno para la araña, así también las Escrituras refuerzan y fortalecen las virtudes en los hombres buenos, pero estimulan la maldad en los hombres criminales<sup>8</sup>. Es decir, como la rosa, beneficiosa para unos animales y perjudicial para otros, así también son las Escrituras para los hombres, como lo dice Isidoro (*Sent.* 3.25.1): lo que al bueno aprovecha, eso mismo al envidioso lo consume. Y es que, la virtud y el vicio, lo bueno y lo malo siempre van unidos, la gloria conseguida mediante virtuosas y valientes hazañas siempre conlleva la envidia de otros; pero al alma noble y virtuosa nada le importa ese vecino malvado que siempre la está acechando; es más, no sólo no le presta atención, sino que incluso le sirve de estímulo para, siguiendo la vía marcada por la virtud, mostrar más interés en alcanzar la buena reputación y la honesta estimación de los demás hombres. Pues, como dice Silvio mediante otra de sus comparaciones, así como las rosas, si se coloca ajo junto a ellas, emiten un olor mucho más suave, así también el enemigo, el envidioso y el malvado estimulan a los hombres de bien en la consecución exitosa de

<sup>8</sup> Esto lo ha tomado Silvio de los comentarios de Adriano Junio (1565) al emblema XXXIII: *Boni adulterium*, p. 122: *Nempe rosa utilem mellificio materiam api suggerit, aranae venenum... Scriptura sacra, inquit Nazianzenus, in prima Steliteutice, probis est virtutis armamentum, at sceleratis nequitiae stimulus*.

acciones virtuosas. Y, como estudioso que es Silvio de la historia y de la filosofía, pone tres ejemplos que ilustran su idea de que muchas veces los insultos y reproches nos son beneficiosos, siempre que no entremos en disputas inútiles con quienes nos atacan verbalmente y reconduzcamos esos mismos insultos en nuestro propio provecho, sirviéndonos de ellos como estímulo para cultivar la virtud, corregir errores, evitar faltas. En efecto, para ilustrar esta idea cita el ejemplo de Jasón: queriendo uno matarlo con la espada, casualmente erró el golpe y sólo le hizo un corte, abriéndole así un absceso que tenía y curándolo (Plutarco, *Mor.* 89C); o el ejemplo de Filipo de Macedonia, que dijo que estaba en gran deuda con los oradores atenienses, pues con sus reproches lo convertían en mejor hombre (Plutarco, *Mor.* 177E); o el ejemplo de Diógenes que, cuando le preguntaron cómo haría para vengarse de su enemigo, respondió que siendo un hombre bueno y virtuoso (Plutarco, *Mor.* 21A y 88B) (fol. B4v).

Son, como vemos, reflexiones éticas, muchas tomadas de Plutarco, conducentes a mostrar la doble faz de las cosas que, como la de las rosas, pueden ser buenas o malas según la bondad o maldad de quien las ejecute. Lo mismo ocurre con las artes, nos dice Silvio, como la poesía o la oratoria: quien es depravado, sólo buscará en la poesía los amores, los placeres y las obscenidades, pero quien es bueno y virtuoso sacará de ella buenas lecciones, pues, como dice Erasmo, la verdadera poesía no es sino una torta cocinada con las delicias y meollos de todas las disciplinas<sup>9</sup>; y con la oratoria ocurre lo mismo. De hecho, la rosa es un buen ejemplo de superación que debemos emular para vencer el vicio y el mal con la virtud y el bien. Efectivamente, la rosa, que en principio no es más que una zarza espinosa, vence con su esfuerzo esa primera apariencia y consigue finalmente ser la más bella de las plantas, prueba, por tanto, de que también el hombre, con su esfuerzo y tesón, puede vencer y dominar al mal y convertirlo en bien.

Pero la rosa también simboliza la virginidad y, rememorando las palabras de Erasmo, cuando dice en sus *Coloquios familiares (Proci et puellae)*, por boca de Pánfilo, que es más feliz la rosa que se marchita en la mano del hombre, deleitando su vista y su olfato, que la que envejece en el arbusto (Erasmo 1828: 99), concluye Silvio que la virginidad es como la rosa: puede ser buena y mala; es buena en la doncella y es mala en la mujer anciana; es bueno que las doncellas jóvenes se casen a su debido tiempo y que su virginidad, metafóricamente, se vaya marchitando con el uso, pero es malo que envejezcan renunciando siempre a una boda casta y honesta. Y es que la rosa, continúa explicando Silvio, representa perfectamente a la mujer bella pero indomable, a la mujer hermosa pero dañina por las espinas de la soberbia, de la frivolidad y de la tozudez (fol. C1r-v): es la mujer-yegua de Semónides (Egoscozábal 2003: 7).

<sup>9</sup> Erasmo 1991-1994: 258, 260-263: *Siquidem vera poesis nihil aliud est quam ex omnium disciplinarum delitiis ac medullis condita placenta aut, ut melius dicam, ex electissimis quibusque flosculis compositum mellificium.*

### 3.2.4. Teología

Y ahora se centrará Silvio en los significados teológicos de la rosa en los textos sagrados. En efecto, alude primeramente al salmo LX, en el que David, tras vencer a sus enemigos, da gracias al Señor, a quien le debe el reino y las victorias logradas; y por ello compara la rosa con el reino y el salmo en cuestión se titula *rosa pulchritudinis*, porque el reino donde resuena la voz del Evangelio es una *fragrans rosa odore coelestis doctrinae*. Y, orgulloso Silvio de ser danés, pronuncia un exaltado encomio de Copenhague, a la que Melanchton llamó «rosa de Dinamarca», precisamente porque la voz del Evangelio y las buenas letras florecen aquí cada día más (fol. C1v).

Asimismo, Silvio, haciendo gala de sus buenos conocimientos de la historia natural, pero también del género literario de la Emblemática, nos explica, como aparece desarrollado en muchos libros de emblemas (Valeriano 1556: 401v), que los escarabajos no aguantan la fragancia de las rosas y que ésta más bien los mata (Plin., *Nat.* 11, 279). Dentro de todo este simbolismo, hemos de entender que la fragancia de la rosa, esa *rosa pulchritudinis* que antes simbolizaba el reino de David, representa metafóricamente a la palabra de Dios y que dichos escarabajos, ya en el mundo humano, son realmente los hombres viciosos y pecadores, que no aguantan la palabra de Dios. Por ello, según relata Silvio, se cuenta que en el escudo de Aníbal aparecía cincelado un escarabajo entre rosas, lo que Pierio Valeriano interpreta como signo de que el valiente y viril Aníbal, al igual que Alejandro Magno y otros insignes personajes, tan sólo sucumbió ante los placeres voluptuosos y pecaminosos, que fueron sus auténticos enemigos (C2r)<sup>10</sup>.

Del mismo modo, basándose en un conocido poema de Safo (fr. 55 LP) en el que la poetisa se dirige a una rival, rica, pero desdeñosa del canto y la poesía (*amoussikos*), y le dice que, cuando muera, nadie se acordará de ella porque carecerá de la inmortalidad que concede la poesía y no participará «de las rosas de Pieria» o de las Musas del Olimpo (Carlson 1997: 102-103), entiende Silvio que bajo ese sintagma de «rosas de Pieria» pueden entenderse, en general, todas las artes liberales (fol. C2r), porque así como la rosa es la más excelsa de las flores, así también las artes liberales suponen la cima de la dignidad humana. Por tanto, volviendo a la anterior imagen del escarabajo, quienes desprecian, como la mencionada rival de Safo, estas «rosas de Pieria» y las artes liberales no son auténticos hombres, sino simples escarabajos (fol. C2v).

Y así como las rosas representan a las Musas, también simbolizan perfectamente a la Iglesia, pues del mismo modo que rosa florece bajo las espinas, así también la Iglesia germina entre los imperios de este mundo terrenal y sufre con mucha frecuencia numerosos tipos de males que la angustian, aunque Cristo, su fiel esposo, no deja que la opriman y la aniquilen. Y, como muestra de que la rosa representa a la Iglesia, aduce unas

<sup>10</sup> Valeriano 1556: 61B y 401F.

palabras de Salomón, que en el *Cantar de los Cantares* (2.1-2) denomina a la Iglesia, esposa de Cristo, «rosa»:

*Ego sum liliū campi et rosa vallium. Sicut rosa inter spinas, sic amica mea inter virgines. Vt autem sub spinis floret rosa et ab iis saepe affligitur, sic Ecclesia...* (fol. C2v),

en lo que no parece una versión al uso, sino concretamente la traducción latina que Sébastien Châteillon (1515-1563), situado en el sector tolerante de la Reforma Protestante, publicó en 1551.

Pero Silvio no se queda ahí, sino que amplía el valor simbólico de la rosa al mismísimo misterio de la santísima Trinidad, explicando que la rosa en sí representa al Padre, la fragancia de la rosa es el hijo de Dios y la fuerza y eficacia con la que sana simbolizan al Espíritu Santo. Y, como testimonio de autoridad, cita nuestro humanista a Lutero, quien en su *Enarratio* al Génesis llama «médico» al Espíritu Santo, que sana lo que en la naturaleza está lánguido y enfermo. De nuevo, una cita relacionada con la Reforma, para pasar a la que, para Silvio, constituye la más verdadera y brillante imagen de la rosa: la imagen de Cristo padeciendo en la cruz. En efecto, igual que la rosa está pegada sobre zarzas y espinas y cuelga de ellas, así Jesús llevó también sobre su cabeza una corona de espinos; la rosa es una flor muy blanca, pero sonrosada de rubor y de timidez, igual que el hijo de Dios brilló por el candor de su justicia e inocencia, pero hubo de soportar las heridas y la sangre que de ellas brotaba; la rosa se ve oprimida por las espinas, pero ella a nadie oprime y, aun cortada y tendida en el suelo, sigue desprendiendo su fragancia, igual que Cristo fue golpeado por los judíos, sufrió la burla y la opresión de una pesada cruz, pero todo lo sufrió pacientemente por nosotros y rogó a Dios incluso por sus enemigos; la rosa cura las enfermedades de los ojos y reporta serenidad a la cara, igual que Cristo hizo de mediador y estableció un pacto entre Dios y nosotros, eliminando los golpes del pecado y los azotes de la condena que tantas lágrimas provocaron en nuestros ojos; las rosas, con el fuerte calor del mediodía, languidecen y, medio muertas, dejan caer sus hojas, del mismo modo que Cristo, medio muerto en el altar de la cruz, soportó la ira divina, tan grande que se sintió desamparado y desgarró su cuerpo y su alma con el horrible tormento de su muerte; el jugo de la rosa cura las enfermedades de la piel y la lepra, así como la sangre de Cristo curó la lepra de nuestra alma y nos limpió de nuestros pecados; y, tal y como el agua de rosas también cura la fiebre y el *malum tabificum* (tabardillo), así también la pasión de Cristo apagó las llamas infernales a las que habíamos sido condenados y con su sangre derramada nos sanó de ese *malum originale* que se expandía por nuestros miembros y nos llevaba a la condena eterna (fols. C3r-v). En fin, una muy detallada y completa descripción de cómo la rosa abarca todo un mundo simbólico que sirve para explicar el significado de la pasión de Cristo. Aunque, no contento con ello, Silvio lo ilustra con el bello

epigrama *Sobre la rosa*, ya citado antes, de Juan Mayor, el que comienza *Ver redit...* (fol. C3v-C4r; Mayor 1574: h8r-v).

Pero la rosa también simboliza la sabiduría que tiene su trono en el cielo y escoge a Israel como su heredad y fija su morada en la religión del pueblo elegido, en la Iglesia del pueblo de Israel. Así, en el *Eclesiástico* (24.1-22) vemos a la sabiduría personificada que se ha alzado como cedro sobre el Líbano, como ciprés en el monte de Sión, como la palma en Cades, como olivo en los campos, como plátano en las plazas junto al agua, como cinamomo y bálsamo aromático, como mirra, como estoraque, gálbano, etc., y también como planta de rosa o rosal en Jericó. Pues bien, ese «rosal de Jericó», esa sabiduría de la Iglesia y del ministerio de la palabra divina junto con el floreciente cultivo de las artes y estudios, puede verse, nos dice Silvio, también en su Jericó actual, en su «rosal de Copenhague», y por ello se congratula y da gracias a Dios (fol. C4r-v). Su patria, Dinamarca, queda así proclamada como país cristiano donde la sabiduría divina, junto con la humana, ha establecido su morada.

La rosa, en fin, también representa las buenas obras cristianas. Efectivamente, igual que una rosa de oro o de seda no desprende ningún aroma ni resulta útil para los asuntos domésticos o médicos, sino sólo la rosa vegetal que nace de las profundidades de la tierra y cobra su vida del calor del sol y del rocío caído del cielo, así también las buenas obras, si no nacen del fondo del corazón y no están inspiradas por el Espíritu Santo y animadas por el rocío y gracia de Cristo, no valen de nada (fol. C4v).

Y, en este punto de la obra, Silvio vuelve a introducir la opinión de otro teólogo reformado y protestante, en este caso la de Musculus (1497-1563) (Ballor 2012), quien, en sus *Comentarios al sacrosanto Psalterio de David*, dice que los que representaron pictóricamente a Cristo con una espada y una rosa en la boca acertaron de pleno en la pintura, pues la rosa a un lado de la boca de Cristo simboliza la gracia que se derrama de sus labios y la espada al otro lado de la boca supone la palabra omnipotente con la que derriba a sus enemigos (*in Psal. 45.3-4*)<sup>11</sup>. Y, aduciendo una serie de fuentes con las que confirmar tal simbología, concluye Silvio que la suavidad y la gracia son cualidades exclusivas de las palabras de Cristo, por cuya boca quiso hablarnos Dios, y no se encuentran en ningún hombre. Pues, aunque ha habido personajes muy elocuentes, casi a la altura de Cristo, que, como Salomón, eran capaces de ganarse con la palabra a príncipes, sabios y hasta a la mismísima reina de Saba (I Reg. 10), sin embargo las *contiones* de Jesucristo eran bien diferentes a las de Salomón, pues, aun siendo sus palabras *iacula ignita*, más incitaban y conmovían a los hombres al amor que al terror (fols. C4v-D1r).

<sup>11</sup> Musculus 1599, 351B: *Proinde qui gladium ex ore Christi porrectum ex uno et rosam vel liliium ex altero latere prodeuntem pinxerunt, non temere hoc fecerunt... Rosa ex ore Christi est gratia illa in labiis eius diffusa... Gladius ex ore est verbum omnipotens, quatenus sternit hostes, quibus loquitur in sua ira.*

### 3.2.5. Usos paganos

Silvio, para ir concluyendo su *Oratio*, pasará finalmente de la perspectiva teológica a la visión mundana que el paganismo tenía de las flores y, en especial, de la rosa, describiendo con gran abundancia de fuentes los usos que de ella se hacían en las celebraciones y prácticas paganas.

Así, en la Antigüedad, en los juegos públicos y pompas solemnes, se confeccionaban coronas de rosas untadas en perfumes que simbolizaban la alegría y la paz. Pero también eran empleadas para significar el luto y el duelo, de modo que cada, año, de mayo a junio, se celebraba, en honor de los muertos, las fiestas de las rosas (*rosalia*, *rhódismos*), cuyo nombre se debe a que cada familia esparcía rosas sobre la tumba de los seres queridos que había perdido (Segura 2009: 235-236). Asimismo, era usual adornar cada año los templos de Adonis con plantas efímeras, especialmente rosas, que eran sembradas en vasijas de tierra cocida (Segura 2005: 101), para significar de este modo que los placeres humanos son tan efímeros como las rosas y que pasan y desaparecen en un momento. No obstante, el empleo de las rosas en momentos de «luto público» podía salir caro al celebrante, como le ocurrió a Lucio Fulvio Argentario, al que, durante la segunda Guerra Púnica, se le ocurrió un día salir, engalanado con una corona de rosas, a su balcón y mirar al foro, tras lo cual fue encarcelado por orden del senado y no fue puesto en libertad hasta que no acabó aquella guerra (Plin., *Nat.* 21, 8). La razón de tal encarcelamiento era que parecía que en tiempos de una guerra funesta sólo él estaba contento.

La rosa, pues, era más empleada en fiestas y celebraciones que en momentos históricos críticos. Y también tenían las rosas su lugar en todo lo relacionado con el erotismo y el sexo. Efectivamente, en las calendas de abril tenían lugar los *Veneralia*, una fiesta propia de mujeres en honor de la *Venus Verticordia* y de la *Fortuna Virilis* (Ov., *Fast.* 4.133-164). Las mujeres bañaban y engalanaban la estatua de la diosa y le ofrecían flores y rosas; después se bañaban ellas mismas con mirto, tomaban la bebida sagrada llamada *cocetum* y finalmente oraban a Venus para que cambiara los corazones hacia la virtud (Magini 1996). Fulgencio, en sus *Mitologías* (2, 1)<sup>12</sup>, fuente aducida por Silvio, nos explica que los romanos consideraron las rosas bajo el patrocinio de Venus, porque las rosas son rojas al crecer y tienen espinas, igual que la lujuria provoca el sonrojo y ultraja la decencia y la castidad con el aguijón del pecado; y así como la rosa es placentera, pero dicho placer es efímero y pasajero, así también la lujuria deleita por un momento, pero luego ese deleite desaparece y sólo nos queda el cargo de conciencia. Las rosas, pues, representan al amor venéreo y la *libido* consiste precisamente en *virgineas rosas decerpere* (fol. D1r).

<sup>12</sup> Fulgencio, *Mit.* 2.1: *Huic etiam rosas in tutelam adiciunt; rosae enim et rubent et pungunt, ut etiam libido rubet uerecundiae opprobrio, pungit etiam peccati aculeo; et sicut rosa delectat quidem, sed celeri motu temporis tollitur, ita et libido libet momenalter, fugit perenniter.*

No obstante, también pueden aparecer las rosas cuando se trata del amor casto del matrimonio y el tálamo nupcial debe, asimismo, adornarse de rosas. En el matrimonio, entonces, esta rosa debe ser plácida, tranquila y casta y, si sobreviene algo de lujuria, debe callarse y envolverse en el silencio. Así, en efecto, Cupido, hijo de Venus, quiso que la rosa fuera consagrada a Harpócrates, el dios del silencio, para que los hurtos de su madre quedasen envueltos en el silencio y para que la rosa fuera mostrada a los hombres locuaces como símbolo del silencio. La rosa, pues, simboliza también los amores furtivos y los deslices matrimoniales que deben callarse y silenciarse. De hecho, nos sigue relatando Silvio, en los comedores y salas de banquetes se puede ver la rosa cincelada en los artesonados, sobre la mesa convivial, para que cada comensal guarde en secreto y no divulgue lo que allí oiga o vea. De ahí, la expresión *sub rosa* para significar secreto o confidencialidad (fol D1r-v).

Y, en fin, la rosa aparece también en las representaciones que se hacen de las Gracias, concretamente es la flor que lleva Aglaya, como símbolo de hermosura y fragancia, pues nada hay más hermoso y dulce que la justicia, la bondad y el cuidado en preservar las amistades. Esta noticia la toma Silvio de la *Declamatio de Charitum appellationibus* de Melanchton (1844: 337).

### 3.2.6. *Heráldica*

Por último, para terminar su discurso, va a abordar el papel de la rosa en la heráldica, contándonos cómo muchos hombres nobles y célebres usaron la rosa como insignia y blasón, mencionando a personajes tan ilustres en la Antigüedad como Escipión y Aquiles. Se trata de noticias históricas y legendarias que, en este caso, Silvio no toma de las fuentes originales, sino de los libros de Emblemas, concretamente de los *Símbolos y emblemas de asunto herbáceo* de Camerario (1590: 58v). Citando literalmente a Camerario, nos cuenta cómo Escipión, en efecto, durante la segunda guerra Púnica, tras regresar de África victorioso sobre Aníbal, ordenó a los soldados de la octava legión, que fueron los primeros en conquistar el campamento cartaginés y en llevarse las insignias de sus generales, que ese mismo día del triunfo llevaran en su mano un ramo de rosas y al día siguiente que también pintasen rosas en sus escudos. Luego, Escipión Emiliano, durante la tercera guerra Púnica, tras vencer también sobre Cartago, quiso que los soldados de la undécima legión, que habían sido los primeros en escalar los muros, llevaran rosas en sus armas y escudos y así entró en triunfo el propio carro de Escipión en una ciudad cubierta de rosas. Y, en fin, también el escudo de Aquiles y el yelmo de Héctor o de Eneas estaban decorados con rosas (fol. D2r).

Y de estos personajes ilustres de la Antigüedad pasa ya a miembros de la realeza germana antigua y moderna, como es el caso del caudillo Arminio de principios del siglo I d.C., o al propio Lutero, cuya insignia, nos dice Silvio, era precisamente una rosa con una cruz y un corazón, símbolo de su divisa, que, expresada por Juan Mayor en unos versos memorables, decía:

«He logrado, floreciendo entre espinas, que los corazones de los creyentes estuvieran pendientes, excelente Cristo, de tu cruz». Lutero, pues, se consideraba, a sí mismo como una rosa (fol. D2r).

Y, así, llega finalmente Silvio, tras ofrecernos este amplio recorrido por la rosa y su simbología, a la meta deseada: a la familia Rosencrantz de Dinamarca, a quien realmente está dedicada esta *Oratio de rosis*. Entre las insignias de esta noble familia, como se nos muestra en su escudo heráldico impreso al comienzo de la obra (fol. A1r), figura la corona de rosas, símbolo de su nobleza y de sus gestas. Y como colofón, para honra de este ilustre apellido danés, transcribe un epigrama encomiástico que el obispo ripense Pedro Hegelundo compuso en su honor.

#### 4. CONCLUSIONES

Hemos rescatado del olvido y dado a conocer a un humanista y una obra que resultaban prácticamente desconocidos. Ése era nuestro objetivo en el presente trabajo.

En efecto, representante del Humanismo cristiano de raíz erasmista, pero en su derivación luterana, reformista y protestante, encontramos al danés Juan Silvio (Hans Skov), sucesor de grandes humanistas daneses como Christiern Pedersen (ca. 1480-1554), Poul Helgesen (ca. 1485-1525) o Hans Tausen (1494-1561). Se había formado en la Universidad de Wittenberg, por lo que su concepción del Humanismo aparece identificada con la de la Reforma. No en vano utiliza la versión latina de los *Salmos* publicada por el humanista protestante alemán Eoban Hessus (París, 1537); cita en su obra a Erasmo, a Melanchton, a Lutero y al reformado protestante Musculus; y él mismo, Silvio, acude en todo momento a las Escrituras como fuente y autoridad para argumentar sus explicaciones. Su Humanismo, por tanto, es el de la Reforma.

Como muestra de sus dotes retóricas y de gratitud hacia su protector, redacta la *Oratio de rosis* que hemos estudiado. Se trata, según ya hemos señalado, de un discurso escrito, no para ser pronunciado, sino para ser leído, pues no está compuesto según los cánones de la oratoria clásica, resulta imposible identificar en él las partes canónicas del discurso y falta un auditorio al que vaya dirigido. De *oratio* sólo tiene el nombre y más parece un ensayo. No obstante, atendiendo al prólogo y epílogo de la obra, habría que hablar de un discurso de elogio y encomio hacia su protector Holger Rosencrantz, por lo que nos hallamos ante una pieza retórica perteneciente al *genus demonstrativum*. Y estas alabanzas le sirven al autor para mostrar su gratitud a la familia Rosencrantz por los beneficios y ayudas que de ella ha recibido, pero también para animarla a seguir fielmente la doctrina del Evangelio por medio de la historia simbólica de la rosa, tal y como había hecho Praetorius con su *Rosa nobilis*, que parece la fuente más directa de Silvio.

Lo cierto, en fin, es que es este ilustre apellido danés, el linaje de los Rosencrantz, el que inspira a nuestro humanista, ejerciendo como un au-

téntico hermeneuta, a escribir un completo ensayo sobre los significados abiertos y ocultos (¿esotéricos?) de la rosa. Todas las bondades y virtudes que la rosa simboliza son, para Silvio, visibles en la familia Rosencranzt.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

### Fuentes:

- ADRIANO, J. (1565): *Hadriani Iunii medici Emblemata*, Antuerpiae, ex officina Chr. Platini.
- CAMERARIO, I. (1590): *Symbolorum et emblematum ex re herbaria desumptorum centuria una*, Norinbergae, impensis J. Hofmanni et H. Camoxii.
- CONTI, N. (1581): *Natalis Comitis Mythologiae sive explicationum fabularum libri X*, Venetiis.
- EOBANUS HESSUS, H. (1544): *Psalterium Davidis Carmine redditum per Eobanum Hessum...*, Argentorati, apud Cratonem Mylium.
- ERASMO (1828): *Colloquia*, ed. G. Stallbaum, Lipsiae, Sumtibus I. C. Hinrichsii.
- ERASMO (1991-1994): *Ecclesiastes*, ed. J. Chomarat, Amsterdam, ASD V-4.
- ERASMO (2007): *La lengua. Sobre la mala vergüenza. Introducción de C. Chaparro Gómez. Traducción y notas de 'La lengua' por M. Mañas Núñez y L. Merino Jerez. Traducción y notas de 'Sobre la mala vergüenza' por C. Chaparro Gómez*, Mérida, Editora Regional.
- ESTEVE, J. (1584): *Sacri Rosarii Virginis Mariae ab haereticorum calumniis defensio... per Iosephum Stephanum Valentinum*, Romae, ex typographia Dominici Basae.
- FABRICIUS, I. (1584): *Rosetum Christianum. Christlicher Rosengarte*, Frankfurt an der Oder, A. Eichorn.
- LAPIDE, C. A. (1875): *Commentarii in Sacram Scripturam. Tomus V. In Ecclesiasticum*, Lugduni, J. B. Pelagaud- Paris, Berche et Tralin.
- MATTHIOLI, P. A. (1674): *Commentarii in VI libros Pedacii Dioscoridis*, en *Opera omnia*, Basileae, Sumptibus J. König.
- MAYOR, J. (1574): *Operum Iohannis Maioris Ioachimi, Pars secunda*, Witebergae, excudebat C. Schleich y A. Shöne.
- MELANCHTON, Ph. (1844): *Opera, XII*, Halis Saxonum, apud A. Schwetschke et filium.
- MONARDES, N. (1564), *Nicolai Monardi, Medici Hispalensis, De secunda vena in pleuriti...*, *De rosa et partibus eius...*, Antuerpiae, apud M. Nutii viduam.
- MUSCULUS, W. (1599): *In Davidis Psalterium sacrosanctum commentarii*, Basileae, per S. Hericpetri.
- PRAETORIUS S. (1577): *Rosa nobilis*, Rostochii, S. Myliander.
- SILVIO, J. (1599): *Pugna Michaelis Archangeli cum dracone ex Apocal. cap. XII versibus descripta. Item: Hymnus de sanctorum angelorum praesidio et defensione, per Ioahnnem Sylvium Hatterslebiensem, Hafniae imprimebat Iohannes Stockelman.*
- SILVIO, J. (1601): *Oratio de rosis, scripta a Iohanne Sylvio Hatterslebiense, Hafniae, impressit Iohannes Stockelman.*
- SILVIO, J. (1602): *Oratio de s. angelis. Item: Carmina diversi generis de iisdem bonis spiritibus et custodibus piorum fidelissimis, scripta a Iohanne Sylvio Hatterslebiensi, Hafniae, typius Iohannis Stockelmanni.*

- STIGELIO, I. (s. a.): *Ioannis Stigelii Gothani poetae... volumen secundum*, Ienae, Typis S. Richtzcnhan.
- VALERIANO, P. (1556): *Hieroglyphica sive de sacris Aegyptiorum literis commentarii*, Basileae.

*Estudios:*

- ANTÓN, B. - ESPIGARES, A. (2013): *Adriano Junio, Emblemas*, Zaragoza, Pórtico.
- ANDERSEN, J. O. (1900): «Rosenkrantz, Holger», en C. F. Bricka (ed.), *Dansk biografisk Lexikon*, Kjøbenhavn, Gyldendalske Boghandels Forlag (F. Hegel & Søn). Græbes Bogtrykkeri, tomo XIV, 223-231.
- BALLOR, J. J. (2012): *Convenant, causality and law. A study in the theology of Wolfgang Musculus*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.
- CALLEBAT, L. (1992): «Rosa: La rose», *Voces* 3, 21-29.
- CARLSON, A. (1997): «Economía: su fragancia», en A. López Quizoz *et alii* (eds.), *Retóricas verbales y no verbales*, México, UNAM, 95-110.
- EGOSCOZÁBAL, C. (2003): «Los animales del *Yambo de las mujeres* de Semónides», *Estudios Clásicos* 123, 7- 25.
- ERICHSEN, A. E. (1902): «Skov (Sylvius), Hans», en C. F. Bricka (ed.), *Dansk biografisk Lexikon*, Kjøbenhavn, Gyldendalske Boghandels Forlag (F. Hegel & Søn). Græbes Bogtrykkeri, tomo XVI, 61-62.
- DÍAZ-DELGADO PEÑAS, I. (2015), *Nicolás Monardes Alfaro*, Madrid, Fundación Ignacio Larramendi.
- DÜKER, E. (2003), *Freudenchristentum. Der Erbauungsschriftsteller Stephan Praetorius*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht.
- GARCÍA SOLER, M. J. (2001), *El arte de comer en la Antigua Grecia*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- GRANE, L. – HØRBY, K. (eds.) (1990): *Die dänische Reformation vor ihrem internationalen Hintergrund. The Danish Reformation against its International Background*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht.
- GRELL, O. P. (ed.) (1995): *The Scandinavian Reformation from evangelical movement to institutionalisation of reform*, Cambridge, Cambridge University Press.
- JØRGENSEN, J. A. (2007): *Humanisten Christiern Pedersen. En præsentation*, Copenhagen, C. A. Reitzel.
- MAGINI, L. (1996): *Le feste di Venere. Fertilità femminile e configurazioni astrali nel calendario di Roma antica*, Roma, L'Erma.
- MARTEN, M. (2010), *Buchstabe, Geist und Natur. Die evangelisch-lutherischen Pflanzenpredigten in der nachreformatrischen Zeit*, Berna, Peter Lang.
- SCHNUR, R. (eds.) (1994): *Acta Conventus Neo-Latini Hafniensis: proceedings of the eighth International Congress of Neo-Latin Studies, Copenhagen, 12 August to 17 August 1991*, Tempe (Arizona), Medieval & Renaissance Texts & Studies.
- SEGURA MUNGUÍA, S. (2005): *Los jardines en la Antigüedad*, Bilbao, Universidad de Deusto.
- SEGURA MUNGUÍA, S. - TORRES RIPA, J. (2009): *Historia de las plantas en el mundo antiguo*, Bilbao/Madrid, Universidad de Deusto/CSIC.
- STEARNS, W. T. (1965): «The five brethren of the rose: an old botanical riddle», *Huntia* 2, 180-184.